

Asesinato en el Richelieu

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Murder à la Richelieu*
En cubierta: ilustración © Dave Rheaume / Alamy Sotck Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Pablo González-Nuevo
© Ediciones Siruela, S. A., 2023
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19744-44-9
Depósito legal: M-18.007-2023
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Anita Blackmon

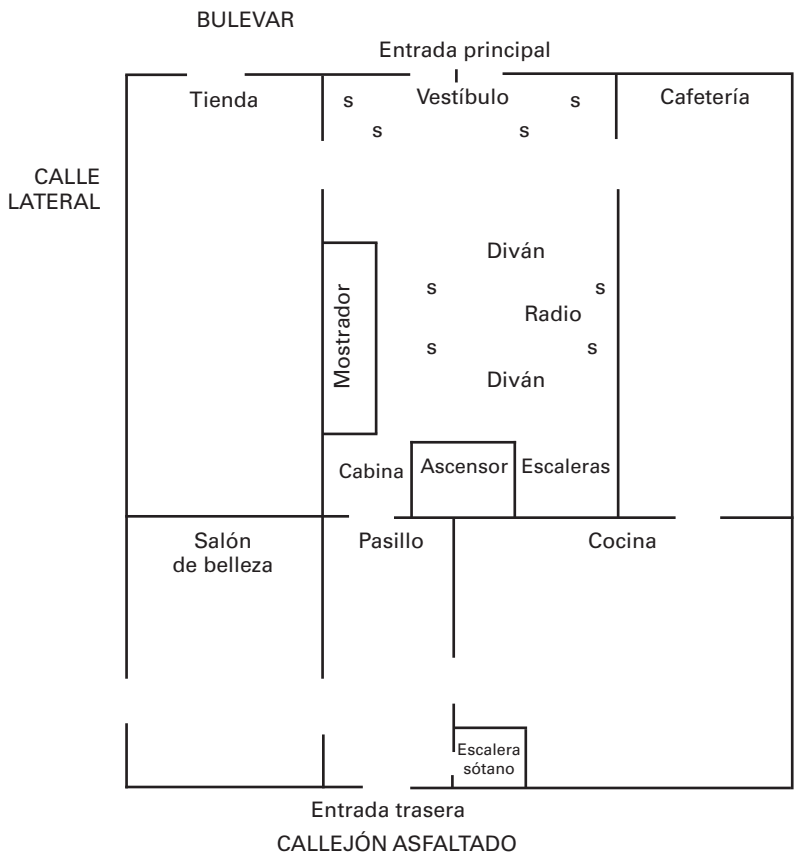
ASESINATO
EN EL RICHELIEU

Traducción del inglés
de Pablo González-Nuevo

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

*Para la más noble romana de todas, mi madre,
Eva Hutchinson Blackmon*



PLANO DE LA PLANTA BAJA DEL HOTEL RICHELIEU

(La «s» se refiere a «sillas»).

Capítulo 1

Yo, Adelaide Adams, soltera, estaba tejiendo en el vestíbulo del Richelieu la mañana que todo comenzó. Aunque en aquel momento no era consciente de que estuviera empezando nada. No me considero una mujer timorata y sé que ocasionalmente algunos miembros poco serios de las jóvenes generaciones me han tildado de «vieja arpía». No obstante, de haber sospechado el desenfrenado derramamiento de sangre en el que pronto nos veríamos inmersos habría salido de allí pitando sin mirar atrás a pesar de mi rodilla artrítica y mi exceso de peso.

Sin embargo, aquella luminosa mañana del mes de abril no habría sido fácil encontrar un rincón de apariencia más apacible que el vestíbulo de nuestro pequeño hotel residencial. Lo único que tiene de grandilocuente el Richelieu es su nombre. Y por lo general proporciona alojamiento a personas tranquilas y respetables, huéspedes permanentes en su mayoría, muchos de los cuales (entre los cuales me encuentro) han ocupado la misma habitación o *suite* durante años.

Con una sola excepción, el personal del hotel (al igual que la clientela) es de larga duración. Tanto el ascensor como el mismo Clarence, el mulato que se encarga de manejarlo por las noches y también hace las veces de portero, son dos antiguos ejemplos. Laura, la doncella de color entrada en años que

limpia las dos plantas superiores, ha estado en el Richelieu más tiempo que yo, y también Pinkney Dodge, el recepcionista del turno de noche. Sophie Scott, la propietaria, está cerca de los sesenta, aunque desde que se casó con un hombre con quince años menos que ella hace todo lo posible por parecer más joven; un experimento que a todas luces ha fracasado.

Debido a la conocida seriedad del establecimiento, hasta el mes de abril de este año la gente del pueblo había adquirido la jocosa costumbre de referirse al Richelieu como «la residencia de ancianos». Huelga decir que eso fue antes de que un hombre apareciera degollado de oreja a oreja y colgado por sus tirantes de la lámpara de araña de una de nuestras mejores *suites*.

Sin embargo, como ya he adelantado, esa mañana en particular nada parecía anunciar el reino de terror en el que estábamos a punto de precipitarnos. Se supone que los acontecimientos inminentes suelen proyectar su sombra de alguna manera sobre quienes los van a vivir. Sin embargo, la funda verde de mis gafas no me hizo sentir nada a pesar del fatídico papel que desempeñaría en los asesinatos. Del mismo modo que solo me di cuenta cuando ya era terriblemente tarde de la trágica importancia de la chorrera rosa de Polly Lawson o de las pestañas postizas de la señora Anthony.

Ahora puede parecer inevitable, pero mientras estaba allí sentada tejiendo a croché la manta afgana que tenía intención de donar al orfanato de mi iglesia, nada me advirtió que terminaría sirviendo de mortaja para una mujer que moriría a mis pies de la forma más espantosa. Y tampoco en esos momentos ningún poder sobre la tierra habría podido convencerme de que una aciaga noche acabaría balanceándome colgada de uno de los aleros del tejado del Hotel Richelieu, sin mi vestido y mis rizos postizos, en plena persecución del autor de tres asesinatos.

En la segunda planta del Richelieu hay un amplio salón, una deprimente estancia con monótonos muebles de oscura madera de nogal y alfombra de un color verde bilioso. Por eso

los huéspedes prefieren sentarse en el vestíbulo, orientado al único bulevar de nuestra pequeña ciudad sureña, siempre iluminado y alegre gracias a una gran cristalera que abarca prácticamente toda la fachada delantera. La tienda está a la izquierda del vestíbulo, caminando desde del ascensor, y la cafetería está a la derecha. Ante el mostrador de recepción hay dos grandes divanes colocados uno frente al otro, flanqueados por sillones, y también una radio. La escalera desciende por el lado derecho del ascensor, y a la izquierda de este hay una cabina telefónica.

En la parte trasera del vestíbulo hay una puerta por la que se accede a un largo pasillo que media entre la cocina y el salón de belleza. Este dispone de su propia salida a la calle. El pasillo termina en la entrada para empleados, a la que se accede desde el callejón. En el centro de la amplia cristalera del vestíbulo hay una puerta giratoria, la entrada principal del hotel. Se podría decir que el vestíbulo es el corazón del Richelieu. Al menos para quien se sienta allí casi a diario, como he hecho yo durante años en mi sillón favorito junto a la radio, resulta fácil tomarle el pulso a cuanto está sucediendo en el edificio.

Para algunas personas mostrar interés por el comportamiento de sus semejantes es solo una muestra de ociosa (y morbosa) curiosidad. En más de una ocasión se han referido a mí como «esa solterona entrometida», basándose únicamente en mi interés por estudiar de cerca la comedia humana. En cualquier caso, en el Hotel Richelieu suceden pocas cosas de las que no me entere tarde o temprano, y tengo muy buena memoria, especialmente para los detalles. Pocas cosas pasan desapercibidas para mi vista y mis oídos, y no olvido nada, aunque pueda despistarme de vez en cuando.

En realidad, todo comenzó cuando extravié la funda verde de mis gafas. Rara vez la saco de mi habitación a menos que esté de viaje, pues las gafas son lo último que me quito por las noches y lo primero que me pongo cada la mañana. Recordaba claramente haberlas dejado la noche anterior, como de costumbre, en el cajón de mi mesita cuando estaba a punto de apagar

la luz. Recordaba haberlas sacado de la funda esa mañana nada más lavarme la cara. Y tenía la vaga sensación de haber vuelto a dejar la funda como siempre en su cajón. Y sin embargo, allí estaba, entre los cojines del primer diván del vestíbulo.

El desastrado hombrecillo del discreto traje gris se dirigió a mí señalándola.

—¿No es suya, señorita Adams? — me preguntó.

Mientras lo decía se agachó, la sacó de entre los cojines y me la enseñó.

—Sí, señor Reid — respondí, sorprendida—. Lo es.

A estas alturas de mi vida me quedan pocas cosas de las que vanagloriarme, pero una de ellas es sin duda mi memoria, por lo que no solo me sentí confusa, sino también irritada, pues no recordaba haber sacado la funda de la habitación y mucho menos haberla llevado hasta el vestíbulo. Por eso hasta pasado un rato no se me ocurrió preguntarme cómo era posible que un huésped temporal del hotel, y muy reciente además, no solo conociera mi nombre, sino que además hubiera podido reconocer un objeto de mi propiedad que rara vez (o nunca) salía de mi habitación.

Lo normal habría sido que supiera yo más de él que él de mí. Si bien los huéspedes permanentes de la casa tienen escasa relación con los que entran y salen del hotel por un día o una semana, yo tengo por costumbre echar un vistazo cada mañana al registro de recepción mientras espero a que abran la cafetería. Por esa razón sabía que aquel hombrecillo menudo e insignificante de pusilánimes ojos azules y anodino pelo castaño había llegado hacía seis días y había firmado el libro con mano temblorosa como James Reid, de Nueva Orleans.

—No entiendo cómo ha podido llegar la funda hasta aquí — empecé a decir con voz enojada —, habría jurado que...

En ese momento me interrumpió una exclamación de la joven Adair.

—¡Madre! Se te ha vuelto a caer el bolso y... por quinta vez, diría yo. Se ha desperdigado todo.

Si no me falla la memoria, en ese momento solo estábamos los cuatro en el vestíbulo, sin contar a Letty Jones, que trabaja en la recepción durante el día. Hacía una preciosa mañana primaveral y todo el mundo había salido a disfrutar del aire fresco. Recuerdo haber pensado que era una pena que con un tiempo tan bueno una muchacha así de bonita estuviera encerrada entre cuatro paredes con dos mujeres de mediana edad, una con problemas de articulaciones y la otra, aparentemente, medio inválida.

Lo cierto es que hasta entonces apenas había tenido trato con las Adair. Llevaban en el hotel algo más de un mes por aquel entonces, y las integrantes de la vieja guardia, como nos autodenominamos, no tenemos por costumbre levantar la barrera con facilidad. Sometemos a los recién llegados a un riguroso escrutinio antes de admitirlos en nuestro círculo, si es que llegamos a hacerlo alguna vez. Los que llevamos años viviendo en el Richelieu hemos aprendido por las malas a no dar demasiadas confianzas al primero que aparece para ocupar una habitación durante algunas semanas o incluso meses. He conocido a gente que se tomaba terriblemente mal los desaires con que se encontraban sus amistosas invitaciones. Recuerdo a una joven que dijo que era más fácil entrar en el reino de los cielos que ser admitida entre los elegidos del Hotel Richelieu.

Siendo justa, he de admitir que las Adair nunca habían importunado a nadie. Si acaso evitaban a la gente. Y desde el primer momento me parecieron una triste pareja. Aunque la muchacha, como todos los jóvenes modernos, solía adoptar una pose desafiante siempre que estaban en público, yo estaba convencida de que era mucho menos autosuficiente de lo que aparentaba. En cuanto a su atractivo, no había ninguna duda. Tenía el pelo castaño brillante, ojos marrón claro y una piel realmente bonita, y no abusaba del maquillaje, un detalle sin duda encomiable a su favor.

También tenía una barbilla firme y elegante y voz agradable y sosegada. Para alguien como yo, educada en la creencia

de que una dama ha de ser por encima de todo lo demás una persona refinada, la muchacha supuso un cambio agradable después de todas las chiquillas pintarrajeadas, escandalosas y malhabladas que una se encuentra hoy día por doquier con sus cigarrillos, sus medias arrugadas y sus voces frívolas y estridentes, por no hablar de su absoluta falta de respeto por los mayores.

Esa misma mañana había comparado favorablemente a Kathleen Adair con la joven Polly Lawson, mientras esta atravesaba a toda prisa el vestíbulo de camino a alguna cita. A pesar de ser una muchacha de buena familia, tanto por parte de su padre como de su madre, de un tiempo a esta parte el comportamiento de Polly se había vuelto cada vez más inaceptable. Si de mí dependiera le habría dado un buen meneo. Solo eran las diez, pero ya había empezado su ronda diaria de *whiskies* con soda. No era de extrañar que su tía, Mary Lawson, empezara a parecer su verdadera madre desde que Polly había ido a vivir con ella. Yo había decidido decirle a Mary a la primera oportunidad un par de cosas que en mi opinión debería saber acerca de su sobrina, aunque sabía por experiencia que generalmente nadie te agradece esa clase de cosas.

De cualquier manera, Polly me había hecho mirar con buenos ojos a la joven Adair. Si fumaba o bebía lo hacía en la intimidad de su habitación. Y tampoco cruzaba las piernas en público ni miraba con descaro a hombres jóvenes o viejos. Yo misma la había visto poner en su lugar a más de uno que había intentado ganarse su confianza. Tampoco se podía ignorar la evidente devoción que la muchacha sentía por su madre, que me parecía una mujer sin carácter, de voz lastimera, manos frágiles y torpes y una actitud de aparente desconcierto hacia todo en general.

A mi modo no ver no había excusa para que ningún adulto se mostrara tan desamparado, pero su hija cuidaba de ella como si fuera su único polluelo. No obstante, si la joven perdía la paciencia alguna vez, al menos no lo demostraba. Ni

siquiera ahora que, por cuarta o quinta vez esa mañana, la señora Adair había dejado caer al suelo su bolso la chica la recriminó por ello, e incluso se rio al agacharse para recoger su contenido desperdigado sobre las baldosas.

—Querida —dijo—, creo que voy a comprar una cadena para amarrártelo a la muñeca.

Las manos pálidas y delgadas de la señora Adair temblaron ligeramente.

—Espero que no se haya roto el espejo. ¡Ay, señor! No creo que pudiera soportar otros siete años de mala suerte.

—El espejo está bien —se apresuró a decir la muchacha, poniéndose de pie.

Se guardó rápidamente algo brillante en el bolsillo de su falda de lana marrón y me miró con una expresión extraña y casi desesperada. Yo no dije nada, pero volví a pensar que la madre debía ser una mujer de veras inepta para no ver el fragmento de cristal roto junto a su pie. Y al parecer no lo había visto, pues su cara pálida y menuda se iluminó aliviada.

—Lo sé, es una tontería ser supersticiosa —dijo, intentando sonreír—. Pero los espejos rotos siempre traen problemas, graves problemas.

Para mi sorpresa la muchacha se estremeció. La vieja Laura, la camarera de habitaciones negra, palidece cada vez que un gato negro se cruza en su camino. Clarence, el empleado del ascensor del turno de noche, está convencido de que si un murciélago entra en casa alguien morirá durante las doce horas siguientes. Yo misma tengo mis prejuicios a la hora de dejar un sombrero sobre la cama, y la menuda y anémica madre de Kathleen Adair tenía toda la pinta de vivir cargada de inhibiciones y supersticiones pasadas de moda. La chica, por otra parte, pertenecía a una generación que se burla de esa clase de cosas.

Debí quedarme mirándola con fijeza, pues su cuello se sonrojó bajo la blusa de encaje y me miró con hostilidad entrece rrando los ojos castaños.